

CAPITULO III.

Historia del Occidente desde la primera cruzada hasta el pontificado de Inocencio III (1).

(1095-1198.)

Mientras la cristiandad recoge inmarcesibles laureles en Asia, se desarrollan en su seno las grandes ideas sembradas por san Gregorio VII. El despotismo de los emperadores Alemanes halla siempre una barrera insuperable en la resistencia de los soberanos pontífices, y á cada nuevo ataque, la victoria se pronuncia por la causa de la Iglesia y de la libertad. La rivalidad de Francia y de Inglaterra toma mayores proporciones á consecuencia de la reunion de la antigua Aquitania con las posesiones inglesas del continente. El matrimonio de Eleonora con Enrique II produce este cambio. La España cristiana continúa su cruzada contra sus inextinguibles enemigos.

§ I. Del pontificado y del imperio hasta la exaltacion de Inocencio III (2).

Continuacion de la lucha del imperio y del sacerdocio (1099-1122). En el momento en que Urbano II veia alzarse á la Francia armada para precipitarse sobre los musulmanes, el emperador Enrique IV miraba con indiferencia este movimiento de fe y de adhesion, y continuaba su pugna con

(1) AUTORES DE CONSULTA: Baronius, *Annales ecclesiastici*; Muratori, *Antiquitates Italiae et Dissertationes sur la constitution des villes et lignes Lombardes*; Luden, *Histoire d'Allemagne, et l'histoire d'Italie dans la collect. de Parent-Desbarres*; Kökfrausch, *Histoire d'Allemagne*; Daniel Laurentie et Guizot para *l'Histoire de France*; Lingard, *Histoire d'Angleterre*; Cardona y Conde, *Historia de España bajo la dominacion árabe*, y las obras de Ferreras y de Romey; Geyer, *Histoire de Suède*; Mallet, *Histoire du Danemarck*; Esnaux et Chennechet, *Histoire de Russie*.

EMPERADORES DE ALEMANIA: Enrique IV (1106); Enrique V (1106-1125), Lotario de Sajonia (1125-1137). *Dinastia de los Hohenstauffen*: Conrado III (1138-1152), Federico I Barbaroja (1152-1190), Enrique VI (1191-1197).

Roma. Pascual II, sucesor de Urbano, renovó la excomunion pronunciada contra él por su predecesor. Este último anatema fue una sentencia de muerte para el desgraciado príncipe. Su hijo Enrique enarboló el estandarte de la rebelion, y lo obligó á abdicar en Ingelheim (1105). El emperador fue destronado en el palacio de Othert, obispo de Lieja, y empleó todo el año siguiente en preparar un ejército para su venganza. Pero la muerte lo sorprendió en medio de estos preparativos (1106). Su cuerpo permaneció seis años sin ser sepultado.

Su hijo Enrique V habia prometido reconocer los derechos de la Iglesia; pero apenas ocupó el trono olvidó sus juramentos. Cuando el papa Pascual II reclamó contra sus usurpaciones, le respondió que iria á Roma para conferenciar con él acerca de estas diferencias. Con efecto fué allí, é impuso al pontífice un tratado imposible. Todas las iglesias deberian restituir al imperio todos los bienes que hubieran recibido, y á este precio se les garantizaba la libertad. Pascual habia consentido prefiriendo ver á la Iglesia antes pobre que esclavizada. Pero habiéndose rebelado contra esta condicion muchos intereses personales, el pontífice ofreció que no coronaria emperador á Enrique V, si no renunciaba á las investiduras. Los Alemanes lo encarcelaron (1111), y entraron en pugna con los Italianos. La mucha sangre derramada quitó el valor al ilustre cautivo. Cedió pues, y Enrique V conservó el derecho de investidura en cambio de su libertad. Pero los obispos censuraron su debilidad, protestaron en Francia y Alemania, y el papa se retractó en Roma en pleno concilio pidiendo perdon de su culpa. La guerra se encendió de nuevo, y Enrique se dirigió contra Roma con un numeroso ejército. Pascual murió antes de la llegada de los Alemanes (1118), y su sucesor Gelasio II se vió obligado á desterrarse (1119).

Concordato de Worms (1122). Los pueblos se cansaron. Enrique V se apercibió de que las banderas eran abandonadas, y de que perdía el afecto de sus súbditos. Resolvió pues llegar á una conclusion. Bajo Calisto II, firmó en Worms un

concordato en virtud del cual renunciaba á todos los derechos que habia ejercido sobre las dignidades eclesiásticas. Poco despues sobrevino su muerte, y con el acabó la casa imperial de Sajonia (1125).

Güelfos y Gibelinos (1125-1138). Enrique V habia favorecido mucho á sus aliados los condes de Hohenstauffen, originarios del castillo de Weibling, en el Wurtemberg, de donde vino á sus partidarios el nombre de Wibelingen ó Gibelinos. Él les dejó sus bienes alodiales, añadiendo al ducado de Suabia, que ellos poseian, el ducado de Franconia. Vacante el trono, su gefe Federico de Suabia se presentó como candidato á los electores. Estos prefirieron á Lotario, duque de Sajonia, y ofendido el orgullo de Federico, levantó el estandarte de la rebelion contra el nuevo emperador (1126).

Lotario recurrió para resistirle á un medio que iba á dividir en dos campamentos la Alemania durante mas de cien años. En frente de los Hohenstauffen, alzó una casa rival que debia equilibrar su preponderancia. La noble familia de los Welf, cuyo tronco fue Adalberto I, marqués de Toscana (850), bastante poderosa ya para haber dado duques á la Baviera (1071), fue la casa que colmó de privilegios. Concedió la mano de su hija única Gertrudis á Enrique el Leon, que era su gefe, y con ella le dió la Sajonia. Ademas le confirió á título de feudo con el consentimiento del papa y por su vida, la opulenta herencia de la princesa Matilde en Italia.

Entonces se inauguró la rivalidad de los Güelfos y de los Gibelinos que ensangrentó toda la Alemania, y que veremos mas tarde trasportada á Italia, donde se perpetuará, porque en el fondo no era otra cosa que la pugna del poder espiritual con el temporal. Los Güelfos eran los defensores del papa y de la Iglesia, y los Gibelinos se inclinaron siempre á favor de los emperadores y su despotismo.

Lotario pasó casi todo su reinado (1125-1137) luchando contra los Hohenstauffen. Estos no le rindieron homenaje sino al cabo de nueve años de combates (1133), y se aprovechó de la tregua que le dieron para intervenir en los asuntos de la santa sede. La Iglesia se hallaba perturbada por el cisma de

Anacleto. El papa legítimo Inocencio II estaba desterrado, y el intruso ocupaba á Roma. Lotario lo expulsó, y subyugó á todos los que lo habian apoyado. Despues de esta gloriosa accion murió en Trento cuando regresaba á Alemania (1137).

Advenimiento de los Hohenstauffen (1137-1152). Enrique, duque de Sajonia y de Baviera, gefe de los Welf, pretendió la corona imperial. Su orgullo ofendió á los electores, quienes dieron sus sufragios á Conrado de Franconia, gefe de los Gibelinos ó de los Hohenstauffen. Conrado intimó á su competidor Enrique á renunciar á uno de sus ducados, y como este se negara, el nuevo elegido lo proscribió, confiscó sus Estados, y dió la Sajonia á Alberto *el Oso*, y la Baviera al duque de Austria Leopoldo V. El primero de estos principes fundó á Berlin, y el segundo á Viena. Los Sajones eran tan adictos á los Welf, que le fue imposible al emperador el hacerles aceptar un principe extranjero. Enrique el Leon sucedió á su padre Enrique el Soberbio. Los Bávaros no se mostraron menos dispuestos á sostenerlos, pero el conde Welf de Altorf, hermano de Enrique el Soberbio, se atrevió á medir sus armas con las del emperador, y fue vencido en Weinsberg (1140). Y como el grito de guerra fue de una parte *Welf!* y de la otra *Weiblingen!* los nombres de Güelfos y Gibelinos distinguieron en lo sucesivo á los dos partidos. La calma se restableció en Alemania despues de esta victoria, y Conrado se preparaba para una expedicion contra Italia, cuando san Bernardo le hizo tomar la cruz. Poco despues de haber vuelto de la tierra santa murió sin que su reinado ofreciera ya ninguna cosa notable (1152).

Grandeza de Federico Barbaroja (1152-1158). Federico era un hombre de mucho genio, y su reinado fue uno de los mas brillantes de la historia de Alemania. Emparentado con los Gibelinos por la rama paterna, y con los Güelfos por la materna, se juzgó que se apagarían las rivalidades que habian puesto en pugna á las dos casas. Mostróse con efecto bien dispuesto en favor de los Güelfos, dando la Baviera á Enrique el Leon, que era ya duque de Sajonia. Él destruyó en Alemania los castillos de los caballeros ladrones que la infestaban, hizo

reinar en todas partes el orden y la justicia, y pasó luego á Italia á defender sus presuntos derechos. Las ciudades Lombardas, constituidas en municipalidades, é independientes de los obispos, no habian reconocido en sus predecesores mas que una autoridad nominal. Milan quiso conservarse con la misma arrogancia respecto de Federico. El emperador disimuló su resentimiento, se dirigió á Roma, y despues de haber derribado la república que habia establecido en ella Arnolfo de Brescia, fue coronado por el papa Adriano V (1155). Volvió á Alemania, erigió el margraviato de Austria en ducado (1156), restableció la antigua influencia del Austria en la Borgoña casándose con Beatriz, heredera del condado de Arles, sometió á Lyon á la jurisdiccion exclusiva de su obispo, forzó á Boleslao, rey de Polonia á declararse vasallo suyo, dió el título de rey á Wladislao, duque de Bohemia, y recibió el homenaje de Geisa III, rey de Ungria (1158). Embriagado con su poder, resolvió castigar la orgullosa independencia de los Milanese.

Federico Barbaroja y las ciudades Lombardas (1158-1164). Con la exaltacion que da la embriaguez de la gloria, creyó que su autoridad de emperador envolvia todos los derechos que los emperadores romanos habian ejercido en nombre del mas absoluto despotismo. Hizo declarar á la universidad de Bolonia que le pertenecia el imperio del mundo entero, y que lo contrario era una herejia. Apoyado en esta decision, abolió todas las inmunidades de los municipios Lombardos, los sometió á su autoridad inmediata, y pretendió que Roma le debia la misma obediencia. Así atacaba la libertad civil de Italia y los derechos de la santa sede. Milan, que se habia doblegado al principio, se rebeló cuando tuvo conocimiento de los decretos promulgados por Federico en la dieta de Roncaglia (1158). El emperador marchó contra ella, la sitió, y despues de dos años de heróica resistencia, fueron á echarse á sus piés para implorar perdon. Él no les respondió mas que estas terribles palabras: *Milan debe quedar desierta; sus habitantes tienen ocho dias de término para salir de ella, y retirarse á cuatro pueblos diferentes.* En seguida hizo demoler esta rica

ciudad, y sembrar sal sobre sus ruinas (1162). Aterradas con tal rigor las demas ciudades Italianas, se rindieron, pero eso no las libertó de que fueran procónsules que las tiranizaran con atroces exacciones.

Alejandro III y la liga Lombarda (1164-1167). Al paso que no respetaba los derechos civiles de los Italianos, Federico se habia declarado gefe de la religion. Habia nombrado un antipapa que obraba á su capricho, y todo lo que ordenaba, lo hacia, como mas tarde Enrique VIII, en nombre de las Escrituras y de los cánones. Los diezmos se le debian por *derecho divino*, y los que no los pagaban eran castigados como herejes. El papa Alejandro III se habia visto precisado á refugiarse en Francia, donde encontró un asilo su virtud. La cristiandad lanzó entonces un grito de indignacion: Francia é Inglaterra protestaron contra tantas iniquidades, y los Venecianos se unieron á los Lombardos para rechazar la tiranía que los abrumaba. Restablecida la autoridad de Alejandro III con su vuelta á Roma (1165), Federico emprendió otra expedicion contra él y lo forzó de nuevo á desterrarse (1166). Pero la peste que se declaró en su ejército lo puso en el mayor apuro. Las ciudades Lombardas se aprovecharon de la ocasion para echar á los gobernadores imperiales que las tiranizaban, y Federico se vió en la necesidad se disfrazarse de criado para volver á Alemania.

Victoria de Italia y de la santa sede (1167-1176). Libres de su enemigo, las ciudades Lombardas reconocieron por gefe á Alejandro III, y rivalizaron en celo para reedificar á Milan, y construir una ciudad nueva que llamaron Alejandría en honor del soberano pontífice y odio del emperador. En el entretanto Federico afirmó el trono en provecho de su familia reprimiendo las revueltas del gefe de los Güelfos, Enrique el Leon, invistiendo á su hijo segundo Federico con el ducado de Suabia, y haciendo proclamar á su primogénito Enrique heredero presuntivo de la corona (1167-1169). En seguida se dispuso á invadir la Italia. Inauguró su expedicion con el incendio de Susa, que dejó convertida en ruinas (1174). Su cólera lo llevó de allí á Alejandría, levantada para desafiar su

po' er. La noticia de la llegada de los Lombardos le obligó á levantar el sitio. Marchó contra ellos y fue vencido en Lignano (1176). Se vió precisado á humillarse y á reconocer en Venecia por medio de un tratado la libertad de Italia y los derechos de la santa sede (1177).

Ruina de la casa de los Welf (1181). La defeccion del duque de Sajonia, Enrique el Leon, gefe de los Welf, habia sido la causa principal de la derrota de Federico en Lignano. Apenas firmó la paz con Italia, trató de vengarse de la infidelidad de su vasallo. Enrique fue vencido y despojado de cuanto poseia, con excepcion de los bienes alodiales de su familia, es decir, de los ducados de Brunswick y de Lunebourg. Se fué á Inglaterra, y allí vivió con el rey, que era cuñado suyo, por espacio de tres años para dejar calmar el resentimiento de sus enemigos. Su mujer Matilde dió allí á luz á Guillermo, tronco de la rama de Hannover, que reina actualmente en este país. Los Estados que poseia en Alemania fueron desmembrados; pero á pesar de todo los Güelfos constituyeron un partido fuerte en la nacion.

Reinado de Enrique VI (1190-1197). Muerto Federico en la cruzada que emprendió despues de la ruina de la casa de los Welf (1190), su hijo Enrique VI heredó su trono. No tenia este el genio de su padre; muy al contrario, su inteligencia era débil, y su alma ambiciosa y avara. Deshonró los primeros años de su reinado con la cautividad de Ricardo Corazon de leon, y no lo restituyó á la libertad sino mediante un crecido rescate. En virtud de los derechos de su mujer Constanza pretendió el reino de Nápoles y lo conquistó (1194). Pero maltrató tanto al pueblo con sus exacciones y á los grandes con sus injusticias, que no poseyó el afecto de sus nuevos súbditos. Entonces despuntó en Italia la rivalidad de los Güelfos y Gibelinos. Las ciudades que sostuvieron las pretensiones de los Alemanes se llamaron Gibelinas. Milan y las ciudades Lombardas que defendieron la libertad de la santa sede recibieron el nombre de ciudades Güelfas (1195). Enrique hubiera querido vincular en su familia la corona imperial, pero no lo logró. A su muerte, los Gibelinos eligieron

por emperador á Felipe de Suabia, y los Güelfos á Othon de Brunswick, hijo segundo de Enrique el Leon. Nosotros veremos como Inocencio III dominará esta granda lucha (1197).

§ II. De la Francia y de la Inglaterra desde la primera cruzada hasta la muerte de Ricardo Corazon de leon (1195-1199) (1).

De la Inglaterra al advenimiento de los Plantagenets (1102-1154). Cuando murió Guillermo el Rojo (1100), Roberto se hallaba en Asia. Su hermano Enrique se aprovechó de su ausencia para usurpar la corona; compró el consentimiento de los Normandos, aduló á los Sajones, se casó con una mujer de su raza, con Matilde, sobrina del célebre Edgard, y cuando su hermano volvió de la cruzada, tuvo bastante habilidad para hacerle aceptar 2,000 libras de renta en cambio de sus derechos al trono. Pero cuando juzgó consolidada su dominacion, olvidó todas sus promesas, vejó á Roberto y le quitó la provincia que le habia cedido. La batalla de Tinchebray fue favorable á la injusticia, y la Normandía quedó por mucho tiempo unida á la Inglaterra (1106). Pero el hijo de Roberto, Guillermo Cliton fue recibido en la corte de Francia por Luis el Gordo, que le prometió defender sus derechos. La guerra estalló entre las dos naciones á causa de la ciudad de Gisors que Enrique I invadió sin respeto á los tratados. La primera pugna no duró mas que dos años (1113-1115). La segunda fue mas seria. Baudoin, duque de Flandes, y Foulques, conde de Anjou se aliaron, con Luis el Gordo. Los Franceses fueron batidos en Brenueville (1119). Sacrificáronse los derechos de Guillermo; pero para indemnizarlo el rey de Francia lo hizo reconocer mas tarde por conde de Flandes (1127).

Despues de su victoria de Brenueville, Enrique se volvió á Inglaterra. Tuvo el sentimiento de perder á sus dos hijos que

(1) REYES DE FRANCIA: Luis VI el Gordo (1108-1137), Luis VII el Joven (1137-1180), Felipe II Augusto (1180-1223).
REYES DE INGLATERRA: Enrique I (1105-1135), Estéban (1135-1154), Enrique II (1154-1189), Ricardo Corazon de leon (1189-1199).

naufragaron en la travesía. Él murió detestado, dejando por heredera á su hija Matilde, viuda de Enrique V el emperador y casada en segundas nupcias con Geoffroy Plantagenet, conde de Anjou (1105).

Los Normandos se negaron á obedecer á una mujer, á la emperadora como ellos la llamaron, y eligieron por rey á Estéban de Blois. Los Sajones conocieron cuál era su posición; ellos sabían por experiencia qué aprecio debían hacer de todas las promesas de los reyes que acababan de subir al trono. Por eso, sin fijarse en ninguno de los partidos que dividían á los Normandos, meditaron la ruina de todos los extranjeros. En cierto día señalado debían matarlos á todos. Felizmente fue descubierta tan terrible conspiración, y los Normandos se pusieron á cubierto. Entonces se declararon los Sajones por Matilde contra Estéban, y se apoyaron en David, rey de Escocia. Todo el Northumberland se levantó en masa para fortificar su partido, y los Escoceses, hallando así abierta la Inglaterra á sus excursiones, se dirigieron hácia el Sud; pero fueron vencidos en la célebre batalla del *Etendard* (1138). Los del país de Gales, que habían dado también el grito de rebelión y sacrificado á los Normandos encerrados en sus fortalezas, fueron vencidos también por Ricardo, conde de Eu, que se apoderó del condado de Pembroke.

Victorioso fuera, Estéban no fue tan afortunado en el interior. La emperatriz, después de haber devastado sus más pingües provincias, lo hizo prisionero en la batalla de Lincoln (1141). Pero el triunfo de esta mujer orgullosa fue efímero. Indignados de su tiranía, los señores libertaron á Estéban, y la lucha se restableció con fuerzas iguales entre los dos combatientes. La guerra civil se prolongó por espacio de diez años (1141-1152). En fin, cuando la Inglaterra se hallaba convertida en un montón de ruinas, Estéban, que acababa de perder su hijo, se reconcilió con Matilde, á condición de que conservara él el cetro toda su vida, y que pasara después de su muerte á manos de Enrique de Anjou, hijo de la emperatriz (1152). Un año sobrevivió á este tratado (1153).

De la Francia hasta la repudiación de Eleonora (1106-1153). Mientras que la Inglaterra, perturbada por la ambición de príncipes intrigantes y reyes usurpadores, se sumergía en los horrores de la guerra civil, la Francia se desarrollaba con grandeza y majestad bajo la autoridad indisputada de sus legítimos monarcas. Luis VI, antes de subir al trono, había dado á conocer que la fuerza no serviría en sus manos más que para defender la justicia. Asociado por su padre al gobierno, inauguró sus hechos de armas peleando contra los vasallos de la corona que tiranizaban el pueblo. Él atacó sus castillos, y arrasó muchas de aquellas fortalezas que la barbarie había transformado en madrigueras de bandidos. Cuando ocupó el trono, sofocó una conspiración que los señores con su suegra Bertrade habían tramado contra él, humilló al conde de Mantes, abatió la familia de Montmorency con la toma del castillo de la Ferté-Alais, y arruinó el castillo del baron de Puiset. Haciendo expiar al feudalismo todas sus injusticias, favoreció el movimiento de los pueblos que solicitaban inmunidades que les permitieran vivir con más libertad. Él protegió las municipalidades de Laon y de Reims, y defendió la de Amiens contra Tomás de Marle, señor de Concy (1117). Su conducta, llena de prudencia y equidad, ganó de tal suerte los corazones, que cuando el emperador de Alemania Enrique V lo atacó por haber recibido al papa que él perseguía, toda la Francia se alistó bajo su estandarte, y los enemigos retrocedieron (1124).

Antes de morir, Luis el Gordo tuvo la satisfacción de casar á su hijo Luis VII, llamado el Joven, con la princesa Eleonora, que traía en dote el antiguo ducado de Aquitania, es decir, el Poitou, la Guienne y la Saintonge. Había confiado su educación al abad Suger, que honró estos dos reinados con su talento y sus virtudes. Luis VII lo nombró ministro, y se guió por sus consejos. Sus primeros años fueron pacíficos (1137-1147). Habiéndose empeñado en la cruzada predicada por san Bernardo para vengar el incendio de Vitry, confió la administración de su reino á Suger, que cumplió su encargo con mucha sabiduría (1147-1149). A su vuelta en-

contró sus Estados prósperos; pero poco despues tuvo la desgracia de perder á su hábil ministro y á sus mejores consejeros. Abandonado á sus propios instintos, no escuchó mas que el resentimiento que le causó la conducta de Eleonora, que le habia dado muchos disgustos en Asia. Luis la repudió (1153), y esta princesa fué á ofrecer su mano á Enrique Plantagenet, conde de Anjou, que debia heredar la Normandía y el trono de Inglaterra. Esta union puso en peligro el trono de Francia, haciendo á su vasallo mas poderoso en el continente que los reyes mismos.

Principio de Enrique II (1154-1159). Los Sajones concibieron buenas esperanzas cuando Enrique Plantagenet fue proclamado rey de Inglaterra. Mostró por ellos mucha solicitud, y pareció dispuesto á romper la tradicion tiránica de sus predecesores, pero pronto se vió que corria en sus venas la sangre de Guillermo el Conquistador. Su arrogancia y sus bárbaras exacciones provocaron insurrecciones en el continente. La Bretaña quiso sublevarse reclamando la proteccion del rey de Francia; en seguida llegó su turno á la Aquitania. Una vasta conspiracion se formó en el Norte, que contó igualmente con el socorro de Luis VII. Pero Enrique II cortó el hilo de aquellas tramas, y celebró un tratado de paz con el rey de Francia en Montmirail (1159).

Santo Tomás Becket (1159-1170). El consejero y el brazo de Enrique era Tomás Becket (1). Agregado á la Iglesia de Cantorbery sin haber recibido las órdenes sagradas, subió insensiblemente hasta que Enrique lo nombró canciller. Y habiendo muerto Thibaut, arzobispo de Cantorbery, el rey creyó útil á su ambicion nombrar arzobispo á su primer ministro. Tomás rehusó muchas veces, porque sabia que su conciencia no podria prestarse á las usurpaciones que meditaba Enrique contra los derechos del clero. Pero el monarca insistió, y el Sajon Becket dejó la cancillería para recibir la cruz primacial (1161). De repente se obró un cambio inmenso

(1) Para la historia de santo Tomás Becket consúltese á Ozanan en los *Doce Cancilleres*.

en su vida; dejó el fausto de la córte, que afectaba cuando era canciller, para abrazar la pobreza apostólica. Hízose padre de los pobres, y resolvió defender los derechos de la Iglesia. Pidió pues á Enrique la devolucion de todos los bienes de que la habia despojado. El rey respondió con unos estatutos que promulgó en un sínodo de Clarendon (1164). Estos estatutos privaban á la Iglesia de Inglaterra de toda su libertad, y confiscaban en favor de la autoridad real todas las dignidades eclesiásticas. Tomás los firmó en un momento de debilidad. El remordimiento se despertó pronto en el fondo de su conciencia, escribió al papa Alejandro III, quien lo desaprobó y condenó los estatutos que habia firmado. El ilustre arzobispo se retractó, y la cólera de Enrique lo forzó á salir del reino. El animoso pontífice se refugió en Saint-Omer, luego en Pontigny, y excomulgó á Enrique II en Vezelay (1166). Luis VII y Alejandro III se declararon abiertamente protectores suyos, y el rey de Inglaterra debió ceder, aunque á pesar suyo, y permitir al desterrado que volviera á su Iglesia, donde los fieles ausiaban volverlo á ver. Apenas habia llegado, cuatro cortesanos que oyeron pronunciar al rey estas palabras homicidas: *¡Cómo! ninguno de los miserables que mantengo tendrá valor para desembarazarme de ese sacerdote!* fueron á darle muerte á la catedral, al pié del altar, cinco dias despues de la Natividad (1170). Alejandro III canonizó el valor de este héroe cristiano, y de todas las naciones acudieron peregrinos á orar sobre su sepulcro. Viendo Enrique II poco despues de su muerte que sus hijos se rebelaban contra él, juntamente con los reyes de Escocia y de Francia, creyó que el cielo reclamaba la expiacion de su crimen. Él mismo acudió al sepulcro del mártir, se sometió á la penitencia pública, y volvió á triunfar de todos sus enemigos. La paz general fue firmada en Mont-Luis (1174).

Conquista de la Irlanda (1171). La Irlanda, que mereció ser llamada la isla de los Santos, y que dió tantos misioneros celosos á la Europa bárbara y pagana, habia sido conquistada poco antes por Enrique II. Este interesante pais habia conservado su fervor primitivo hasta el siglo x. Las revolu-

ciones políticas que la agitaron produjeron muchos desórdenes en la moral. Toda la isla se hallaba dividida en tribus ó clans; cada clan tenia un gefe (*canfium*), y estos gefes, subordinados entre sí con arreglo á su poder, tenian un monarca soberano (*ardriagh*), que era el rey del país. Toda dignidad era electiva, y esto producía muchas discordias. En el siglo XII había en Irlanda cinco reinos: el Munster, el Meath, el Leinster, el Ulster y el Connaught. Los Oconnor, reyes de Connaught, gozaban entonces de la dignidad de *ardriagh*, que habian vinculado en su familia. El rey de Leinster se unió contra ellos con Ricardo, conde de Pembroke, con el consentimiento de Enrique II. Juntos conquistaron la isla. Ricardo se casó en seguida con la hija del rey de Leinster, y heredó todos sus Estados. Él reinó en la isla con el título de vasallo del rey de Inglaterra, hasta el momento en que Enrique, desembarazado de sus enredos, fue en persona á tomar posesion del país. Se lo cedió á su hijo Juan á título de señorío (1177); pero la falta de tacto del príncipe hizo perder á los Ingleses todo su influjo en el país.

Guerra con Francia (1186-1189). Enrique II sufrió en sus últimos años muchos disgustos domésticos. Este príncipe impío, demoralizado y cruel, se habia atraído al parecer la cólera celeste. Despues de haber visto á sus hijos rebelados contra él, perdió á los que mas queria, á su primogénito, y á Geoffroy (1183-1185). Felipe Augusto que habia sucedido en Francia á su padre Luis VII (1180), reclamó el Vexin, dote de su hermana Margarita muerta sin hijos, y la negativa de Enrique volvió á encender la guerra entre los dos países. Sus hijos se volvieron entonces otra vez contra él, y Ricardo, duque de Guienne se pasó con Juan Sin tierra al partido francés. El anciano rey, vencido y abandonado por sus hijos, se vió obligado á aceptar el tratado que le dictó Felipe Augusto en la Colombiere (1189). Poco despues murió de sentimiento, y sus restos mortales no fueron inhumados con mas pompa que los de Guillermo el Conquistador.

Felipe Augusto y Ricardo Corazon de leon (1189-1199). Cuando Ricardo fue coronado, su humor fantástico y caballe-

resco lo indujó á abrazar las cruzadas con entusiasmo. Convirtió en dinero todo lo que pudo para equipar su ejército, y se apresuró á partir para la guerra santa. Sin embargo, sus disensiones con Felipe Augusto estuvieron á punto de detenerlo en Europa. Ya hemos referido la expedicion de estos dos príncipes rivales, y cómo se reanimaron sus querellas en Palestina. La cautividad de Ricardo en Alemania dió ocasion á su hermano Juan para conspirar contra él; pero cuando el Leon rompió sus cadenas, dispersó á todos sus enemigos, atacó á Felipe Augusto, y lo venció en Freteval (1196). El rey de Francia se repuso de la derrota en Gisors, y sufrió despues otro descalabro en el mismo punto, despues del cual el papa Inocencio III reconcilió á los dos rivales (1198). Ricardo murió al año siguiente en el sitio del castillo de Chaluz-Chabrol, en el Limosin, atravesado por una flecha (1199). Uno de sus epitafios dice: *La avaricia, el adulterio, las ciegas pasiones han reinado por espacio de diez años en el trono de Inglaterra: una ballesta los ha destronado.*

§ III. Historia de España hasta la decadencia de los Almohades (1035-1199).

De la España hasta la invasion de los Almoravides (1035-1086). A la muerte de Sancho el Grande, que habia reunido bajo su cetro á toda la España cristiana (1), sus hijos repartieron entre sí sus Estados; Fernando reinó en Castilla, Ramiro I en Aragon, y Garcia I en Navarra. Fernando se ilustró peleando victoriosamente contra los emires árabes de Badajoz, Toledo y Zaragoza; pero sus hermanos se ligaron contra él y pararon el curso de sus victorias. Él los venció en Búrgos (1054), y Sancho IV, que sucedió á Garcia, muerto en el combate, se vió en la necesidad de ceder á Castilla todas las provincias de la derecha del Ebro. Fernando volvió á emprender su guerra contra los Sarracenos, y se vió dueño al morir de la tercera parte de España (1064). Sus tres hijos, Sancho, Garcia y Alfonso, dividieron su reino; pero despues

(1) Véase el capítulo II, época 11ª, § 6.